



VIII

¿Cuál de los dos?

Una tarde, Jack halló á su madre en un estado de exaltación extraordinaria, brillándole los ojos, la tez animada, libertada de aquella atonía que ya principiaba á inquietarle.

—D'Argenton me ha escrito, díjole ella en seguida; sí, hijo mío, ese señor se ha atrevido á escribirme. . . . Después de haberme dejado cuatro meses sin saber de él, ha acabado por impacientarse al ver que yo no memoria. . . . Me escribe para avisarme que vuelve á París, de regreso de un corto viaje, y que si necesito de él, está á mi disposición.

—¿Y supongo que no necesitas de él?, preguntó Jack, que acechaba á su madre, muy emocionado.

— ¡Yo necesitar de él! ¡Ya ves si me acuerdo de ese señor! El sí que debe hallarse muy solo sin mí Un hombre que nada sabe hacer con sus manos sino manejar un portaplumas. ¡Ah! ¡Ese sí que es un artista!

— ¿Y vas á contestar?

— ¿Contestar? A un insolente que se ha permitido alzar la mano sobre mí ¡Ah! No me conoces. Gracias á Dios, tengo más orgullo que todo eso Ni siquiera he acabado de leer su carta. La he tirado no sé dónde, y la he roto en mil pedazos No es, ciertamente, con mujeres educadas como yo lo he sido, en un castillo, en medio de la opulencia, con quien se pueden permitir semejantes fantasías Pero de todas maneras me gustaría á mí ver su interior, ahora que yo no estoy allí, para ponerlo todo en orden. ¡Buen desbarajuste debe ser aquello! A no ser que Pero cá! no es posible. No se hallan todos los días tontas como yo Además, bien claro está que se aburría, puesto que se ha visto obligado á ir á pasar dos meses á ¿cómo demonios se llama ese pueblo?

Y sacó ella tranquilamente de su bolsillo la carta que pretendía haber roto y tirado, buscando en ella el nombre que deseaba saber:

— ¡Ah, sí! á las aguas de Royat es donde ha ido ¡Qué locura! Es lo peor que hay para él, esas aguas minerales Después de todo, que haga lo que le dé la gana; á mí no me importa.

Sonrojóse Jack por ella, al verla mentir de aquella manera, pero no le hizo observación alguna. Durante toda la velada sintió en torno de la mesa esa actividad inquieta de la mujer, que trata de ahuyentar un pen-

samiento con la agitación. Había ella hallado su animación de los primeros días, arreglaba, limpiaba el cuarto; y mientras andaba, mientras se ocupaba, mascullaba palabras de censura, acompañándolas con movimientos de cabeza. Luego venía á apoyarse sobre la silla de Jack, le besaba, mimándole:

— ¡Qué valiente eres, querido mío! ¡Cuánto trabajas!

Al contrario, estaba trabajando muy mal, preocupado por lo que pasaba en el alma de su madre.

— Soy ciertamente yo á quien ella besa?, decía el muchacho; y sus sospechas hallábanse confirmadas por un ligero detalle, que probaba hasta qué punto el pasado triunfante se había vuelto á apoderar de aquel pobre corazón de mujer. No cesaba de tararear la romanza favorita de D'Argenton, cierto "vals de las hojas," que el poeta solía estropear al piano, al caer la tarde, sin luz:

¡Como locas girad, pobres hojas
girad, como locas, girad!

Sentimental y lento aquel estribillo, que ella estropeaba aún, arrastrando las notas finales, la preocupaba, la perseguía; lo dejaba, lo volvía á repetir, por fragmentos, cual si hubiese marcado los intervalos de su pensamiento. Música y palabras, todo recordaba á Jack momentos de vergüenza y de dolor. ¡Ah! Si se hubiera atrevido, ¡qué duras verdades habríale dicho á aquella insensata; de qué buena gana hubiese echado á la basura aquellos ramilletes ajados, todas aquellas hojas muertas y secas, bastante locas para bailar aún en aquella pobre cabeza vacía, llenándola con sus torbellinos!

Pero era su madre. La amaba; quería, á fuerza de respeto, obligarla á que ella misma se respetase; no le habló, pues, de nada. Unicamente aquel primer aviso del peligro había lanzado su espíritu en todos los tormentos celosos de los seres á quienes se va á hacer traición. Llegó hasta á acechar el aspecto que tenía ella cuando se iba; y cuando volvía, la acogida de su sonrisa. Tenía por ella esas fiebres, esos mareos que aporta la soledad á las mujeres ociosas. Y no había medio de hacerla vigilar; era su madre. A nadie podía dar parte de la desconfianza que le inspiraba.

Ida, sin embargo, desde la carta de D'Argenton, había entregado con más valor á las ocupaciones caseras; cuidaba de la casa, preparaba la comida de su hijo, y hasta sacaba del olvido en que lo había dejado el libro de gastos, lleno de claros. Jack seguía desconfiando. Conocía la historia de esos maridos engañados, cuya vigilancia queda envuelta en cariños, en atenciones delicadas, y que pueden darse cuenta de la fecha de su infortunio por las manifestaciones de un remordimiento tácito. Una vez, al volver del taller, creyó ver á Hirsch y á Labassindre, cogidos del brazo, volver el ángulo de la calle de Panoyaux. ¿Que podía ocurrirles en aquel barrio perdido, tan lejos de la "Revista" y del malecón de los Agustinos?

—No ha venido nadie?... preguntóle al portero; y por la manera que tuvo de contestarle, notó que le engañaban, que había ya algún complot contra él.

El domingo siguiente, al volver de Etiolles, halló á su madre tan completamente abismada en su lectura, que no le oyó subir. No se habría fijado en aquello, acostumbrado como estaba á su afán de leer novelas;

pero hizo Ida desaparecer demasiado pronto el libro abierto sobre su rodillas.

—¡Me has asustado!. . . dijo ella al mismo tiempo, exagerando á propósito su emoción para desviar la atención de Jack.

—¿Qué estabas leyendo?

—¡Oh! nada, tonterías. . . ¿Qué tal están nuestros amigos, el doctor y Cecilia? ¿La has abrazado bien por mí á esa querida niña?

Pero á medida que hablaba, poníase sonrojada, pues era una de las particularidades de aquella naturaleza de niño, el de mentir fácilmente y el de no poder ocultar la mentira. Molestada por aquella mirada que no se apartaba de ella, levantóse nerviosa:

—¿Quieres saber lo que leo?. . . Pues mira.

Reconoció él la cubierta satinada de la "Revista," que leyó él por primera vez en el departamento de calderas del "Cydnus," sólo que mucho más disminuída, reducida á la mitad, impresa sobre papel delgado y malo, y con ese aspecto especial de las revistas en que no se cobra. Mas el mismo énfasis ridículo, títulos retumbantes y vacíos, estudios sociales llenos de delirio, ciencia de taberna y poesías de gaita de feria. Jack ni siquiera hubiera abierto aquel libraco grotesco, á no haberle llamado la atención el título siguiente, encabezando el sumario:

"SEPARACION"

POEMA LÍRICO POR EL VIZCONDE AMAURY D'ARGENTÓN

Y principiaba así:

"Á UNA QUE SE HA MARCHADO

¡Cómo! ¡Sin una palabra de despedida!
 ¡Cómo! ¡Sin volver la cabeza!
 ¡Cómo! ¡Ni siquiera una mirada hacia el umbral abandonado!
 ¡Cómo!...."

Y seguían doscientos versos, largos y menudos, ennegreciendo las páginas como una prosa fastidiosa; y lo era más que el prelude. Para que no hubiera equivocación posible, el nombre de Carlota, que repetía cada cuatro ó cinco versos, indicaba suficientemente la intención del autor. Jack tiró el libro, encogiéndose de hombros:

—¿Y ese miserable se ha atrevido á enviarte eso?

—Sí; dejaron el número abajo, hace dos ó tres días. dijo ella tímidamente.... no sé quién.

Hubo un momento de silencio. Ida estaba deseando recoger el libro, pero no se atrevía. Por fin se inclinó con movimiento indiferente. Jack lo notó.

—Supongo que no querrás conservar aquí eso! Estos versos son ridículos.

Ida se irguió:

—¡Hijo mío, no soy del mismo parecer!

—¡Vamos! Por más que se desgañita para aparecer conmovido, por más que chilla como una cigüeña, no consigue emocionarnos.

—No seamos injustos, Jack. (Su voz temblaba.) Bien sabe Dios que yo conozco al señor D'Argenton mejor que nadie, y los defectos de su naturaleza, puesto que los he tenido que sufrir. El hombre, te lo abandonó. En cuanto al poeta, eso es otra cosa.

Según parecer de todo el mundo, el señor D'Argen-

ton tiene la "nota conmovida" como nadie la ha tenido en Francia.... ¡La nota conmovida, hijo mío!.... Musset la tenía, pero sin elevación, sin ideal. Desde ese punto de vista, el "Credo del Amor" es incomparable."

Sin embargo, me parece que ese principio de la "Separación" tiene algo más tierno aún. Esa mujer que se va, una mañana, con vestido de baile, en medio de la niebla, sin una palabra de despedida, sin volver la cabeza.

No pudo Jack contener un grito de indignación:

—¡Pero si esa mujer eres tú! ¡Y bien sabes cómo te has marchado, en qué odiosas circunstancias!

Y contestó ella estremeciéndose:

—Hijo mío, por más que trates de humillarme, renovando el ultraje al recordármelo, hay aquí una cuestión de arte, y creo que entiendo de esto más que tú. Aunque el Sr. D'Argenton me hubiese ultrajado cien veces más, no me impediría eso reconocer que es una de las celebridades literarias de estos tiempos. Más de uno habla de él con desprecio, y el día de mañana dirá con orgullo: "Yo lo conocí.... me senté á su mesa."

Y salió majestuosamente para reunirse con la señora Levindré, la eterna confidente; y Jack, que ya se había puesto á trabajar—era su único recurso en sus disgustos aquel trabajo que le aproximaba á Cecilia,—oyó al poco rato, en casa de los vecinos, una lectura en voz alta, interrumpida por exclamaciones entusiastas y lágrimas encubiertas por el ruido de los pañuelos.

—Estemos firmes.... ¡Se acerca el "Enemigo!" pensaba el pobre muchacho.

Y no se equivocaba.

Amaury D'Argenton se aburría tanto sin Carlota, como ésta sin él. Víctima y verdugo, indispensables uno á otro, sentían profundamente, cada uno por su lado, el vacío de las existencias descabaladas.

Desde el primer día de la separación, el poeta había tomado una actitud de corazón herido y dado á su gruesa cabeza paliducha una actitud dramática y byroniana. Frecuentaba los restaurants de noche, y cervecerías en donde se cena, rodeado de su escolta de oduladores y de explotadores, á quienes hablaba él de Ella, nada más que de Ella. Quería hacer decir á los hombres y á las mujeres allí presentes:

—Es D'Argenton el gran poeta..... Su querida le ha dejado, y trata de aturdirse.

Trataba de aturdirse, en efecto; cenaba fuera, pasaba las noches de juerga; pero pronto se cansó de aquella existencia irregular y costosa. Claro está que es de gran efecto el dar un puñetazo sobre la mesa de un restaurant de noche, gritando: "¡Mozo, un ajeno puro!..." para que digan los provincianos de alrededor: "Se está matando.... Es por una mujer".... Sin embargo cuando el estómago no lo admite, cuando después de haber pedido muy alto: "Un ajeno puro!" se ve uno obligado á decirle al mozo en voz baja: "¡Mucha goma!" preciso es convenir en que son esas actitudes demasiado heroicas.

Al cabo de algunos días de aquella existencia, acabó D'Argenton de estropearse el estómago; reaparecieron las "crisis," más frecuentes, y la ausencia de Car-

lota se hizo sentir en todo su horror. Qué otra mujer hubiese podido aguantar aquellas quejas continuas, tener presente la hora de los jaropes y traérselos al poeta con la religión de Fagón cuidando al gran rey? Volvía á ser presa de puerilidades de enfermo. Tenía miedo á estar solo, y siempre conservaba á alguien: á Hirsch ó á otro, acostado en el diván. Las noches le parecían lúgubres, porque estaba rodeado del desorden, de la suciedad que todas las mujeres, aun aquella loca de Ida, saben evitar en torno de ellas. La lumbre no calentaba, la lámpara ardía mal, entraba el aire por debajo de las puertas; y herido en su egoísmo, en lo que más sensible tenía D'Argenton, echó, en efecto, de menos á su compañera.

Fué verdaderamente desgraciado á causa de haberlo querido parecer. Entonces, para distraerse, trató de viajar, pero no le sentó el viaje; por lo menos así lo demostraba el tono lamentoso de su correspondencia.

—"Ese pobre D'Argenton me ha escrito una carta"... decíanse los Fracasados entre ellos, con tono á la vez contrito y satisfecho.

A todos les escribía "cartas desesperadas." Era lo que reemplazaba "las palabras crueles." De lejos, como de cerca, una idea fija le roía el corazón: "Esa mujer pasa sin mí, es feliz sin mí, por su hijo. Su hijo llena todos su deseos." Este pensamiento lo exasperaba.

—Hay un poema sobre eso, le dijo Moronval, al verlo tan triste al volver como cuando se fué.... Eso te aliviará.

En seguida se puso á escribir, y sucediéndose las rimas con el sistema de trabajo sin tachas que desde largo tiempo había adoptado el poeta, pronto hubo com-